

LAURA ESQUIVEL

La ley del amor



La ley del amor, la primera novela multimedia de la historia, es el segundo libro de la escritora latinoamericana que logró la consagración mundial con *Como agua para chocolate*, que obtuvo ventas superiores a los tres millones de ejemplares. La imaginación y el humor más desbordantes son las claves de este nuevo libro de Laura Esquivel, que muestra un nuevo e inesperado registro de su creatividad y confirma su enorme talento narrativo. La pasión amorosa es entendida aquí como una fuerza arrolladora que, por encima de todos los obstáculos, acabará imponiéndose si somos capaces de aceptar su ley, la ley del amor. Pero los humanos somos testarudos, y nos manejamos tan mal que acabamos convirtiendo nuestras vidas en un eterno culebrón. Como en las comedias de Shakespeare, los personajes de Laura Esquivel son incapaces de elegir bien, y sus destinos se entrecruzan por culpa de nuestra insoportable necesidad. Una tragedia que la autora nos presenta con un gozoso sentido de la comicidad.

A Sandra

A Javier

INSTRUCTIVO

Como ya habrá notado, este libro viene acompañado de un compact disc. Así es que si usted no dispone de un aparato para escuchar su compact disc, espero que al menos tenga a la mano una buena vecina o vecino, según sea el caso, para pedirle prestado su aparato y poder proceder a la utilización del libro.

Se preguntará también por qué demonios se me ocurrió esta idea. Procedo de inmediato a explicar mis razones.

En esta novela la música forma parte importante de la trama porque yo estoy convencida de que la música, aparte de provocar estados alterados de conciencia, tiene el poder de sacudirnos el alma favoreciendo con ello la memoria. Por tanto, la música lleva a mis personajes a revivir partes importantes de sus vidas pasadas. Desde que ideé la novela quise que mis lectores vieran y escucharan lo mismo que mis protagonistas. La manera que encontré para lograrlo fue por medio de imágenes y sonidos específicos. En el libro se encontrará con partes en las que la narración se da a través del cómic, sin diálogo. En esas partes usted verá junto al texto un pequeño número que corresponde al de la pista del compact que debe escuchar mientras se contemplan las imágenes.

INSTRUCCIONES PARA ESCUCHAR LA MÚSICA CLÁSICA

No puede haber unas instrucciones para todos, pues sé muy bien que no todo el mundo está familiarizado con el mismo tipo de música. Para empezar hay tres grandes categorías de público: los que aman la ópera, los que nunca en su vida han escuchado ópera y los que de plano detestan la ópera. En cada caso el procedimiento va a variar como a continuación se explica:

PARA LOS QUE AMAN LA ÓPERA

Si usted se encuentra en esta categoría, de seguro no sólo conoce muy bien la letra de las arias y los duetos sino que hasta se los sabe de memoria y los tararea en la regadera de vez en cuando. Usted puede ver sin problema las imágenes del cómic al mismo tiempo que escucha la música. Sin embargo, lo único que le pido es que se olvide por un momento de la historia a la que estas arias originalmente pertenecen. Por ejemplo, si escucha el dueto de amor de Madame Butterfly no lo relacione con el último montaje que vio en Bellas Artes o en la Metropolitan de Nueva York, según sea el caso, ni piense si en ese momento Butterfly estaba sentada en el piso y con Pinkerton sobre ella, o algo por el estilo. Solo preste atención a la música y relaciónela con las imágenes del cómic hasta que se le ponga toda la piel de gallina.

PARA LOS QUE NUNCA HAN ESCUCHADO ÓPERA

Si se encuentra en esta categoría, es posible que usted nunca la haya escuchado porque pensaba que esa música era exclusivamente para gente esnob, o porque nunca le llamó la atención o porque le molestan las voces agudas o porque cuando era niño nunca lo pusieron a escuchar es-

te tipo de música o, de plano, porque no se le ha dado la gana hacerlo. Está bien. Lo respeto. Pero le aseguro que, tal y como me pasó a mí, después de escucharla por primera vez le puede gustar. El chiste es entrarle sin prejuicio. Olvídense del odiado vecino que la ponía a todo volumen los domingos por la mañana y le provocaba pesadillas. A usted le sugiero especialmente que primero escuche una o dos veces el aria o el dueto antes de ver el cómic; después que vea el cómic siguiendo la letra del aria y leyendo los subtítulos y, por último, que repita la operación tratando de que la música y la imagen sean una sola cosa.

PARA LOS QUE DE PLANO DETESTAN LA ÓPERA

¿Qué les puedo decir? Sé que de entrada se van a resistir a escuchar el compact disc. Pero, para su consuelo, alternadamente con la ópera he incluido varios danzones que estoy segura van a ser de su agrado. Si esto no es suficiente para animarlos, por qué no piensan que están participando en un experimento nunca antes visto y que van a escuchar la música viendo las imágenes nada más para ver qué se siente o, si fueran ustedes creyentes, ¿por qué no ofrecen su sufrimiento a Dios o a favor de los niños desamparados? O, no sé, de seguro con un poco de 12 imaginación ustedes podrán encontrar buenas razones para escuchar la ópera, pero óiganla, no sean cabrones, ¡no saben el trabajo que me dio convencer a mis editores de incluir el compact disc!

INSTRUCCIONES PARA ESCUCHAR LA MÚSICA POPULAR

Cuando estén leyendo este libro, de pronto se encontrarán con el anuncio que dice intermedio para bailar. ¿Qué hacer en esta parte? Se supone que bailar, ¿cierto? Pero como sé muy bien que no todos saben hacerlo, aquí les van unas sugerencias pues lo ideal es que muevan el cuerpo al ritmo de la música. Si ustedes no lo hacen, el capítulo que sigue les puede llegar a parecer pesado y se me pueden dormir. En cambio, si lo leen después de haberse movido un rato, el calor de su cuerpo y la energía generada harán que su estado de ánimo sea el mejor para enfrentar la lectura.

Al igual que con la ópera, hay tres grandes categorías de lectores. Los que aman la música popular, los que niegan que les gusta la música popular y los que detestan la música popular.

LOS QUE AMAN LA MÚSICA POPULAR

Si usted ama la música popular, no tendrá ningún problema con estos intermedios musicales y de seguro podrá bailar con gran entusiasmo, solo o acompañado. Lo único que le sugiero en caso de bailar acompañado es que no se me distraiga mucho y vaya a dejar el libro para irse a rebotar con su compañero de baile. Recuerde que el intermedio es solo un paso preparatorio para poder continuar con la lectura, no están en un congal, o si lo están, ¿qué demonios hacen perdiendo el tiempo con mi novela en la mano? Mejor diviértanse como es debido y guarden el libro hasta llegar a casa.

LOS QUE NIEGAN QUE LES GUSTA LA MÚSICA POPULAR

Si usted entra dentro de esta clasificación, significa que es un bailarín de clóset y que niega que le gusta la música popular con tal de no aceptar su verdadero origen. En tal caso le sugiero que escuche la música con los ojos cerrados, que imagine que verdaderamente está dentro de un clóset y así, protegido por la oscuridad y el anonimato, libre de prejuicios, se deje llevar por la música. Empiece por seguir el ritmo con los pies, luego con los hombros y así sucesivamente hasta sacudir hasta el último pelo de su cabeza.

LOS QUE DETESTAN LA MÚSICA POPULAR

Si usted está en el grupo de los que nunca han escuchado música popular, ¿qué quiere que le diga? Para empezar, que ya es tiempo de que la escuche. No se puede presumir de ser un conocedor de música culta si no se ha considerado que la música popular es la base de todas las formas musicales. Además de que no sabe lo que se pierde, no hay nada más sensual que el roce de la piel, el intercambio de humores, el cruce de miradas, el trueque de mensajes eróticos bajo las ropas. ¡Anímese a contaminarse de sudores, olores, movimientos de cadera, ...de vida!

Ahora que si a usted no le gusta ni la música clásica ni la popular, para no entrar en más problemas, dese un buen toque de mota e imagínese que está en un concierto de los Rolling Stones, espero que le funcione.

*Estoy embriagado, lloro, me aflijo,
pienso, digo,
en mi interior lo encuentro:
si yo nunca muriera,
si yo nunca desapareciera.
Allá donde no hay muerte,
allá donde ella es conquistada,
que allá vaya yo.
Si yo nunca muriera,
si yo nunca desapareciera.*

Ms. «Cantares Mexicanos», fol 17 v. NEZAHUALCÓYOTL
Trece Poetas del Mundo Azteca, MIGUEL LEÓN-
PORTILLA.
México, 1984

¿Cuándo mueren los muertos? Cuando uno los olvida.
¿Cuándo desaparece una ciudad? Cuando no existe más
en la memoria de los que la habitaron. ¿Cuándo se deja
de amar? Cuando uno empieza a amar nuevamente. De
eso no hay duda.

Ésa fue la razón por la que Hernán Cortés decidió
construir una nueva ciudad sobre las ruinas de la antigua
Tecuochtitlan. El tiempo que le llevó tomar la medida fue
el mismo que le lleva a una espada empuñada con firmeza
atravesar la piel del pecho y llegar al centro del corazón:
un segundo. Pero en tiempo de batalla, un segundo signi-
fica esquivar una espada o ser alcanzado por ella.

Durante la conquista de México sobrevivieron sólo
aquellos que pudieron reaccionar al instante, los que tu-

vieron tal miedo a la muerte que pusieron todos sus reflejos, todos sus instintos, todos sus sentidos al servicio del temor. El miedo se convirtió en el centro de comando de sus actos. Instalado justo atrás del ombligo, recibía antes que el cerebro todas las sensaciones percibidas por medio del olfato, la vista, el tacto, el oído, el gusto. Ahí eran procesadas en milésimas de segundo y ya se enviaban al cerebro con una orden específica de acción. Todo el acto no iba más allá del segundo imprescindible para sobrevivir. Con la misma rapidez con que los cuerpos de los conquistadores aprendieron a reaccionar, fueron desarrollando nuevos sentidos. Podían presentir un ataque por la espalda, oler la sangre antes de que apareciera, escuchar una traición antes que nadie pronunciara la primera palabra y, sobre todo, podían ver el futuro como la mejor pitonisa. Por eso, el día en que Cortés vio a un indio tocando el caracol frente a los restos de una antigua pirámide, supo que no podía dejar la ciudad en ruinas. Habría sido como dejar un monumento a la grandeza de los aztecas. La añoranza invitaría tarde o temprano a los indios a intentar organizarse para recuperar su ciudad. No había tiempo que perder. Tenía que borrar de la memoria de los aztecas la gran Tenochtitlan. Tenía que construir una nueva ciudad antes de que fuera demasiado tarde. Con lo que no contó fue con que las piedras contienen una verdad más allá de lo que la vista alcanza a percibir. Poseen una energía propia, que no se ve, sólo se siente. Una energía que no se puede encerrar dentro de una casa o una iglesia. Ninguno de los nuevos sentidos que Cortés había adquirido estaba lo suficientemente afinado como para que pudiera percibirla. Era una energía demasiado sutil. Su presencia invisible le daba total libertad de acción y le permitía circular silenciosamente en lo alto de las pirámides sin que nadie se diera cuenta. Algunos conocieron sus efectos, pero no supieron a qué atribuirlos. El caso más grave fue el de Rodrigo Díaz, valiente capitán de Cortés. Él nunca se imaginó

las tremendas consecuencias que tendría su frecuente contacto con las piedras de las pirámides que él y sus compañeros derrumbaban. Es más, si alguien le hubiera advertido que esas piedras tenían el poder suficiente como para cambiarle la vida, nunca lo habría creído. Sus creencias nunca fueron más allá de lo que sus manos alcanzaban a tocar. Cuando le dijeron que había una pirámide sobre la que los indios acostumbraban celebrar ceremonias paganas a una supuesta diosa del amor, se rió. No creyó ni por un momento que pudiera existir tal diosa. Mucho menos que la pirámide sirviera para algo. Todos coincidieron con él y decidieron que ni siquiera valía la pena erigir una iglesia en su lugar. Sin pensarlo mucho, Cortés decidió darle a Rodrigo el terreno donde se encontraba dicha pirámide para que construyera sobre ella su casa.

Rodrigo estaba de lo más feliz. Se había hecho merecedor a ese terreno gracias a sus logros en el campo de batalla y a la fiereza con que había cortado brazos, narices, orejas y cráneos. De su propia mano habían muerto aproximadamente doscientos indios y el premio no se había hecho esperar: mil metros de tierra al lado de uno de los cuatro canales que atravesaban la ciudad, mismo que con el tiempo se convertiría en la calzada de Tacuba. La ambición de Rodrigo lo había hecho soñar con edificar su casa sobre un terreno más grande y de ser posible sobre los restos del templo mayor, pero se tuvo que conformar con ese humilde lote, pues en el otro pensaban edificar la Catedral. Además, para compensarlo de no estar dentro del círculo selecto de casas que los capitanes construyeron en el centro de la ciudad y que darían fe del nacimiento de la Nueva España, le dieron en encomienda cincuenta indios, entre los cuales iba Citlali.

Citlali era una indígena descendiente de una familia de nobles de Tenochtitlan. Desde niña había recibido una educación privilegiada y, por lo tanto, su andar, en lugar de reflejar sumisión, era orgulloso, altanero, incluso reta-

dor. El sandungueo de sus anchas caderas, cargaba el ambiente de sensualidad. Su meneo esparcía olas de aire por todos lados. El desplazamiento de energía era muy parecido al de las ondas que se generan en un lago apacible cuando de improviso cae una piedra en su superficie.

Rodrigo presintió la llegada de Citlali a cien metros de distancia. Por algo había sobrevivido a la conquista: por la poderosa capacidad que tenía de percibir movimientos fuera de lo normal. Suspendió su actividad y trató de ubicar el peligro. Desde lo alto donde se encontraba dominaba toda acción a su alrededor. De inmediato ubicó la columna de indios en camino a su terreno. Al frente de todos venía Citlali. Rodrigo enseguida supo que el movimiento que tanto lo alteraba provenía de sus caderas. Y se sintió completamente desarmado. No supo cómo enfrentar el desafío y cayó presa del conjuro de esas caderas. Todo eso pasaba mientras sus manos estaban concentradas en quitar la piedra que formaba la cúspide de la Pirámide del Amor. Antes de que lo lograra, dio tiempo a que la poderosa energía que emanaba de la pirámide empezara a circular por sus venas. Fue una descarga tremenda, fue un relámpago encandilante que lo deslumbró y le hizo ver a Citlali ya no como la simple india que era, sino como la misma Diosa del amor.

Nunca había deseado tanto a alguien, mucho menos a una india. No sabía explicar qué le pasaba. Con ansiedad, terminó de quitar la piedra, más que nada para dar tiempo a que Citlali llegara a su lado. En cuanto la tuvo cerca, no se pudo controlar, ordenó a los demás indios que se buscaran acomodo en la parte trasera del terreno y ahí mismo, en el centro de lo que fuera el templo, la violó.

Citlali, con el rostro impávido y los ojos muy abiertos, contemplaba su imagen reflejada en los verdes ojos de Rodrigo. Verdes, verdes, como el color del mar que una vez, cuando era niña, había tenido la oportunidad de ver. El mar siempre le había producido temor. Percibía el enor-

me poder de destrucción que estaba latente en cada ola. Desde que se enteró que los esperados hombres blancos vendrían de más allá de las aguas inmensas, vivió con temor. Si ellos tenían el poder para dominar el mar, de seguro era porque iban a traer en su interior la misma capacidad de destrucción. Y no se equivocó. El mar había llegado para arrasar todo su mundo. Sentía el mar rebotando con furia en su interior. Ni todo el peso del cielo sobre la espalda de Rodrigo era capaz de detener el movimiento frenético del mar dentro de ella. Se trataba de un mar salado que le provocaba ardores dentro de su cuerpo y cuyo agresivo movimiento le daba mareo y náusea. Rodrigo entraba en su cuerpo tal y como lo había hecho en su vida: con lujo de violencia. Tiempo atrás, durante una de las batallas que anticiparon la caída de la gran Tenochtitlan, había llegado, el mismo día en que ella acababa de dar a luz a su hijo. Citlali, por su noble linaje, había recibido las mejores atenciones durante el parto a pesar del duro combate que libraba su pueblo contra los españoles. Su hijo llegaba a este mundo entre el sonido de la derrota, el humo y los gemidos de la gran Tenochtitlan agonizante. La comadrona que lo recibió, tratando de compensar de alguna manera el inoportuno arribo, pidió a los Dioses que le procuraran al niño bienaventuranza. Tal vez los Dioses vieron que el mejor destino de esa criatura no estaba en este mundo, pues al momento en que la comadrona le daba a Citlali a su hijo para que lo abrazara, ésta lo hizo por primera y última vez.

Rodrigo, que acababa de matar a los guardias del palacio real, llegó a su lado, le quitó el niño de las manos y lo estrelló contra el piso. A ella la tomó de los cabellos, la arrastró unos metros y le hundió la espada en un costado. A la comadrona le cercenó el brazo con que lo intentaba atacar, y por último salió a prenderle fuego al palacio. Ojalá uno pudiera decidir en qué momento morir. Citlali habría querido hacerlo ese día: el día en que murieron su es-

poso, su hijo, su casa, su ciudad. Ojalá sus ojos nunca hubieran visto a la Gran Tenochtitlan vestirse de desolación. Ojalá sus oídos nunca hubieran escuchado el silencio de los caracoles. Ojalá que la tierra sobre la que caminaba no le hubiera respondido con ecos de arena. Ojalá que el aire no se hubiera llenado de olores aceitunados. Ojalá que su cuerpo nunca hubiera sentido un cuerpo tan odiado en su interior y ojalá que Rodrigo al salirse se hubiera llevado el sabor del mar junto con él.

Mientras Rodrigo se levantaba y se ponía la ropa en su lugar, Citlali pidió a los dioses fuerza suficiente para vivir hasta que Rodrigo se arrepintiera de haber profanado a la Diosa del amor y a ella. No podía haber cometido mayor ultraje que violarla en un sitio tan sagrado. Citlali suponía que la Diosa también tendría que estar de lo más ofendida. La energía que había sentido circular por su espina mientras fue presa de la salvaje acometida de Rodrigo, nada tenía que ver con una energía amorosa. Había sido una energía descontrolada, desconocida para ella. Alguna vez, cuando aún estaba completa, Citlali había participado en una ceremonia en lo alto de esa pirámide con resultados completamente opuestos. La diferencia tal vez radicaba en que ahora la pirámide estaba trunca, y sin la cúspide la energía amorosa circulaba loca y desorganizadamente. ¡Pobre Diosa del Amor! De seguro se sentía tan humillada y profanada como ella y de seguro no sólo la autorizaba sino que esperaba ansiosamente que ella, una de sus más fervientes devotas, vengara la afrenta.

Pensó que la mejor forma de vengarse sería descargar en una persona amada por Rodrigo toda su rabia. Por eso se alegró tanto el día en que se enteró que una mujer española venía en camino para unirse al hombre. Ella creía que si Rodrigo pensaba casarse era porque estaba enamorado. No sabía que él lo hacía sólo para cumplir con uno de los requisitos de la encomienda que especificaba que el encomendero estaba obligado a combatir la idola-